

La vida en Alaska

Por CAMILA MONASTERIO

en un negativo, las luces más intensas revelan las más oscuras sombras.
VVAA, Manual práctico de fotografía, Atlas Editores

Un pueblo que viaje en tren.

Un pueblo que, sin embargo, prefiere caminar descalzo.

Una vez, en Bombay, estado de Maharastra, vi una vez aparcado un Seat 1430 café con leche. Ahora vivo en otra ciudad, pero el coche sigue ahí, lo tengo en mi memoria. Me pertenece.

Hoy es 11 de febrero y hace 15 años que nos conocemos. Yo tenía 21 y él 14, una distancia abisal. Como un paramecio a un *Ferrari*.

Esta mañana, en Arctic Boulevard, Anchorage, Alaska, hemos reducido esa distancia al mínimo. Nuestras bocas no se han tocado, pero sí nuestras manos. Vivas. Nuestras manos se besan.

Son las 18:30 de la noche y la temperatura es de -10°C. Y bajando. Vista desde la ventana del todoterreno, Arctic Boulevard podría ser le negativo de una fotografía de Nueva Delhi. En mi memoria le doy al *guardar como...* La nieve impasible. El frío corta nuestro avance y la luz azulada del hielo vestido de noche titila: los guardianes de la calma invernal.

Acto seguido, hemos metido el coche en el garaje, soltado los abrigos encima del sofá del salón y nos hemos acostado.

«Si los sueños mueren con el correr de los años y las realidades, yo conservo intactos mis recuerdos, la sal de la memoria». Cierro el libro, lo miro dormir y volvemos a empezar.

La intensa quietud del amor que se deja ser. Con el aplomo del mar que, con sus embestidas, suaviza las aristas de las rocas.

Todo acaba de suceder en este cuarto, donde, como escribió Heinrich Böll, acabamos de reinventar el teorema de Pitágoras y la ley de la refracción de la luz por la cual todos- salvo los ciegos- vemos los colores.

Gran seísmo revelador. Años mozos sin pan, el que nos correspondía.

«Te invoco. El pasado renace con su séquito de emociones. Cierro los ojos. Flujo y reflujo de sensaciones: calor y relumbre, hogueras de leña; el mango verde cocinado con pimienta compartido por ambas, delicia en nuestra boca golosa. Cierro los ojos. Flujo y reflujo de imágenes: el rostro ocre de tu madre constelado por gotitas de sudor saliendo de la cocina; procesiones alegres de chiquillas empapadas al regresar de la fuente».

Cerramos otra vez a tiempo el libro. El frío trata de escurrirse a través de los exiguos huecos de entre nuestros cuerpos.

Ahora, comiendo algo y como hicieran los padres de Bergman en *Las mejores intenciones*, hablamos de los defectos. Tenemos que conocerlos para continuar con lo del pan y nuestra historia.

Yo, tomando el papel de madre, le hablo de esperanzas frustradas. De mi incapacidad para discernir dedicación y abnegación, de separar las exigencias hacia los demás de las autoimpuestas. Le hablo de independencia, autoestima y curiosidad.

Él no se muestra tan resuelto. Es normal, ni siquiera ha visto *Las mejores intenciones*. Me habla de una chica. Eso es más que un escollo.

Pero no todos los días se redescubre el teorema de Pitágoras.

-Se fue a vivir a Bombay.

No sé si se refiere a la urbanización o a la ciudad. Inmediatamente recuerdo el precioso coche color café.

-Viene una vez al mes. Pero esto lo cambia todo.

No sé si se refiere a nuestro teorema o a la frecuencia con la que ve a su novia.

-¿Es tu novia?

-Lo ha sido.

Primer defecto: gusta de circunloquios. La imagino a ella conduciendo el Seat 1430 color café. Llega hasta el mismísimo Arctic Boulevard. Acelera atravesando las calles nevadas, entrando a la ciudad desde el aeropuerto. El desastre ocasionado por un oso polar hambriento la hace girar a la izquierda, girar a la izquierda, girar a la izquierda.

-Quiero estar contigo para siempre.

El tópico me hunde. Recuerdo el horror que conlleva la fórmula de los catetos, el horror de la evidencia. Pienso en Pitágoras obligando a escuchar el cielo a sus discípulos.

Me levanto, cojo mi abrigo. Si salgo ahora, no se habrá helado la vereda que lleva a mi casa. Y con tiempo para encender la chimenea. Mi capacidad de ilusión es proporcional a cierta dosis de calor en mi carne.

-¿Te acompaño?

- La 36 está cortada. Llegaré mejor andando.

Desciendo por los escalones y salgo del porche. ¿En virtud de qué queremos congelar el tiempo a golpe de palabra? ¿Quién necesita la eternidad forzada? ¿Por qué desear una certeza en realidad desconocida?

Lo cierto es que la hipotenusa es correcta. El problema queda ahí, sobre la mesa. Y la historia de las matemáticas no se olvida a causa de nieves perpetuas. En todo caso, mi abrigo no es tan fino, ni el frío tan insoportable.